



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La virtud ciñe una corona de espinas, para ceñirla después de rosas. (Continuación.)—Hermosura y pureza; poesía.—Bibliografía.—El pensamiento; soneto.—Modas.—Explicación del figurín.

LA VIRTUD CIÑE UNA CORONA DE ESPINAS,

PARA CEÑIRLA DESPUES DE ROSAS.

(Continuación.)

Al decir esto, Elvira se cubrió el rostro con ambas manos; pero la agitación de su pecho vendía esta finjida firmeza, y en vano quería reprimir los suspiros que á su pesar lanzaba.

—¡Llora, Elvira!... ¡Te hace falta llorar, lo conozco!...

Pues tú lo quieres, voy á partir; pero llora antes sobre mi pecho.

Que vuestras lágrimas se confundan en mi despedida.

Y Carlos se arrodilló, y la cabeza de la

jóven descansó en su hombro, y un llanto contenido mucho tiempo brotó de sus pupilas.

Ninguno pudo hablar; pero sus manos se estrecharon convulsamente, sus lágrimas se confundieron, y se dieron un adiós eterno y solemne.

Carlos se levantó, y Elvira, decidida y enérgica, de pie, inmóvil como una estatua, le señaló la puerta.

En este momento apareció en ella un criado trayendo una carta de España, con el sobre para Elvira.

Esta se quedó petrificada, y despidiendo el criado, se apresuró á saber el contenido.

Era de Elena, y decía así:—«¡Elvira! amiga mía: necesito de vos: estoy enferma: mi mal es contagioso, y nadie se atreve á asistirme por temor de sufrir como yo.

«Soy huérfana, bien lo sabéis, y nadie en el mundo se interesa por mí. Si muero, no tengo un pecho amigo donde depositar mi último aliento.

»Aquí existe un corazón que suspira por mí, y que se desvelaría por asistirme y cuidarme; pero el decoro no permite que sea mi enfermero el que aun no se llama mi esposo.

»Si vivo, le daré mi mano y mi amor; porque es el único hombre que ha logrado interesarme en el mundo. Sin él, sería muy desgraciada.

»Cuando salí del convento, niña inocente todavía, confundí un afecto ligero, con los primeros síntomas del amor; más tarde me convencí que no amaba á mi primo Carlos, ni él tampoco me amaba á mí. Desde entonces le he mirado como un hermano, declarando á mi tía que jamás me enlazaría á él, porque no le pertenecía mi corazón.

»La pobre señora murió con el dolor de no ver cumplido su deseo; pero antes de morir me bendijo, diciéndome que si en el transcurso de la vida os encontraba alguna vez, os pidiese perdón por lo que su ambición os había hecho sufrir.

»Su falta me ha dejado aislada en la tierra. ¿Queréis ser mi hermana, Elvira?

»¿Con qué impaciencia os aguardo!

»Decid á mi primo también que venga. Si el cielo me concede la vida, quiero que los dos seáis mis padrinos de boda. ¡Cómo me halaga esta idea!...

»Pero venid; porque sola y sufriendo, se agrava mucho vuestra hermana—ELENA.»

Al concluir la lectura de esta carta, el rostro de Elvira estaba inundado de lágrimas. Carlos la miraba enternecido, comprendiendo que Elena, tan generosa como ella, la había escrito para arrancarla de Italia y convencerla de que se enlazase con él.

¡Oh! ¡qué dos mujeres!—decía interiormente; y sentía no tener dos corazones que ofrecer á aquellos dos ángeles; pero solo sabía sentir y vivir por Elvira, que había sido su primero y único amor.

Al cabo de algunos segundos los dos jóvenes se atrevieron á mirarse. Sus rostros no eran ya los mismos. ¡Cómo desfigura el pesar, y cuánto embellece la alegría! Aquellos ojos estaban radiantes: sus frentes serenas y puras, sus corazones rebosando entusiasmo y placer. ¡Oh! ¡un

momento de estos no puede venderse por todos los tesoros del universo!

Si los goces del espíritu pudiesen comprarse por un puñado de oro, ¿qué nos dejarían los magnates y poderosos de la tierra á aquellos que no tenemos otra ventaja en el mundo, que saber sentir y gozar con verdadero entusiasmo?

¿Qué le restaría al poeta que vive y sueña con las grandes emociones del alma, y la belleza y el encanto de la florida naturaleza?

Pero esto no sería posible; porque las grandes almas prefieren una flor, un suspiro apasionado, ó una mirada ardiente y pura, á todos los goces materiales que proporciona el oro corruptor.

Carlos y Elvira se miraron, como no lo habían hecho hacía diez años: de una manera fija, tenaz, amorosa.

En vano querían apartar los ojos uno de otro. Una fuerza magnética, poderosa, irresistible, los tenía enclavados mutuamente, como si fuesen á quedar eternamente en aquel estado.

En esta mirada bebieron toda la felicidad que pueden resistir las criaturas, en cambio de los pesares acerbos que habían sufrido.

Elvira, sin apartar los ojos de su amante, cayó de rodillas diciendo:—¡Gracias, Dios mío, gracias!

Carlos la tendió la mano con efusión exclamando así:

—¡A España, mi Elvira, á España!...

—¡Sí! ¡Sí! ¡A España!—contestó ella; y asidos del brazo, dejaron para siempre aquellas habitaciones donde hubieran bastado pocos días más para que saliese de ellas un cadáver, en lugar de la mujer radiante de felicidad que ahora las abandonaba. ¡Oh!... ¡Con cuán poco á veces se trastorna completamente el porvenir de las criaturas!

Basta una palabra, una acción imperceptible á los demás, para que el corazón rebose de gozo, ó camine desesperado á buscar su tumba.

La pérdida de los bienes de fortuna se arrostra con valor por la mayor parte de las personas; pero cuando nos roban una hora de dicha siquiera, se nos oscurece el horizonte de la vida y deseamos morir.

Perdonamos todas las ofensas imaginables, y

aun solemos pagar con favores los males que nos ocasionan; pero en diciendo que estos atacan el corazon, robándonos el cariño del sér amado, jamás se transije con esta desgracia.

Por eso los celos han dado lugar en todas las épocas y en ambos sexos, á los más grandes crímenes.

Y es porque estos son más rabiosos é irascibles que la locura misma, más poderosos que la terrible hidrofobia, y más sombríos, tenaces y vengativos, que la esencia del crimen premeditado y cruel.

Quien no ha tenido celos, no sabe hasta dónde alcanza el poder de la desesperacion.

Pero... lector, déjate de esas cosas, y no les des entrada en tu pecho, y á marchas precipitadas vé á Madrid, que allá voy yo, y nos enteraremos de cómo está Elena y la ya feliz Elvira.

¡Pero nó! ¿A qué os he de hacer viajar, cuando yo ya lo sé, y os lo voy á referir en este último capítulo de mi novela?

Los que escribimos tenemos el derecho de penetrar en todas partes.

XIII.

Las coronas de rosas.

¡Oh! ¡Qué magnificencia, riqueza y lujo se ha desplegado esta noche en la casa de Carlos!...

Se han renovado los muebles, se han multiplicado las luces, los floreros, los jarrones y adornos.

Los patios están iluminados, y los criados cruzan y pasan, llevando bandejas con helados y dulces esquisitos.

Escojidos personajes bajan en grupos por las galerías y antesalas, aguardando la hora del baile.

—¿La habeis visto?—dice uno.—¿Verdad que es hermosa?

—Sí; pero marchita.

—¡Ya lo creo! ¡no tiene quince años! Los dandys como vos, no transijen ni aun con los veinte abriles en una mujer. Todas son viejas y ajadas para vosotros.

—¿Qué quereis? Me gusta que los primeros latidos de un corazon, solo sean míos, y no podria querer á una mujer que hubiese amado. Tendria siempre la desconfianza de que llegase

á engañarme. Un corazon virgen, el alma de una niña inocente, que no haya sentido emociones aún, es mi hechizo, mi vida, mi recreo, mi ídolo.

Unido á un ángel de esta naturaleza, nunca teme el hombre hacer el triste papel que otros hacen.

—Estais en un error, caballero Arturo. El corazon de una mujer no se forma tan temprano. Esas niñas son mariposas, que gustan de escuchar todos los sonidos y todas las voces de la adúladora seducción, y cuando parece que aman á uno con delirio, se apasionan de otro porque llevaba el charol de las botas más brillante, el lazo de la corbata mejor hecho, ó el chaleco más algodónado y sin arrugas.

Una de esas niñas se casa con vos, porque le inspirásteis unos amóres románticos, novelescos; porque creyó que el modo de peinar vuestra cabellera era hechicero, encantador, ó bien porque le parecísteis un tipo de elegancia y perfecciones; pues bien, al otro día os levantaís, y cada rizo de vuestros cabellos se encuentra en completa dispersion; os vestís con un ancho traje de mañana, calzan vuestros pies una cómoda chinela, y en todos vuestros ademanes é indolencia, se nota cierta vulgaridad que la niña no habia previsto. ¡Horror! ¡Horror!—esclama interiormente.—¡No era este el trovador con quien yo soñaba! ¡Adios mi bello ideal! ¡Oh! ¡qué horrible es un hombre en mangas de camisa!

Se desvanece la ilusion, y de allí en adelante le gusta más D. Pepito, D. Teodorito, don Agapito, que lo mismo dá el nombre, con tal de que el individuo lleve un elegante levisac, y haga bien las cortesías, y oprima las manos de las niñas con dulzura y suavidad.

—Ese cuadro es exagerado, caballero.

—Lo he bosquejado bien poco, para la verdad que encierra. Yo os lo confieso, ni con 80,000 duros tomaba por esposa uno de esos angelitos, á quien acaban de quitar los calzones para vestirle el traje largo de sociedad y ponerle la carreta del finjimiento en lugar de la aureola de inocencia de la niñez.

—¡Bien! ¡Bien! Eso vá en gustos. El mio es muy distinto. Ya veis que las dos novias que se enlazan esta noche, son bellísimas; y sin em-

bargo, yo no las aceptaría, porque no brilla ya en sus frentes los primeros albores de la juventud.

—Pues yo me consideraría el más feliz de los mortales con poseer el corazón de Elvira ó Elena. Creo muy dignos de envidia los dos seres que han de pasar sus días al lado de esos dos ángeles, tan espirituales como hermosos.

Soy íntimo amigo de Carlos, y sé como esas dos mujeres han amado, y que serán un modelo de pasión y virtudes. Esto no lo comprenden todos, amigo Arturo. Vos sois muy niño para juzgar de ciertos casos.

Una mujer de veinticinco años, ó algunos más, si no os incomodais, es difícil que llegue á impresionarse; pero el día en que un ser llega á interesarla, su pasión es tan sufrida como inmensa, y no hay nada que baste á destruirla. ¿Y sabéis por qué? Porque no está basada en trivialidades, ni le importa que el hombre á quien ama se vista en una sastrería francesa, ni que le traigan de Inglaterra los botitos, ni que haga las cortesías con esquisita finura ó propiedad, ni nada, en fin, de lo que constituye ese equivocado buen tono, que solo es un laberinto de mentiras y una serie de ridiculeces insulsas, que hacen echar los bofés por la boca de hastío, á los que no pertenecen á esa cuerda finida é ignorante. No apreteis el gesto, amigo mío: dentro de diez años hablaremos, y si entonces os parecen disparatadas mis razones, ó creéis que hay en ellas algo de insultante para vos, aplazo un desafío ó lo que vos queráis.

Por toda contestación Arturo dió la mano al que le hablaba, y fijaron ambos la vista en la puerta del salón de baile, por donde aparecieron, apoyada la una en el brazo de la otra, dos mujeres hermosísimas y ricamente vestidas, cubriendo casi enteramente el traje unos largos velos blancos, sujetos á las sienes por coronas de rosas, llevando un ramo en el pecho de las mismas flores. Todos se fijaron en estas interesantes figuras.

Ya habían llegado muchos convidados, y al verlas murmuraron exclamaciones, que indicaban el asombro que les inspiraba su hermosura.

A alguna distancia de ellas, venían Carlos y otro joven caballero, de gallarda postura y

nobles cuanto naturales modales. Este era el prometido de la prima de Carlos.

Cuando las dos parejas atravesaron el salón y la galería para dirigirse al oratorio, donde debían celebrarse los desposorios deseados, un silencio solemne sucedió al murmullo primero. Arturo, el que solo quería niñas de catorce primaveras, abrió los ojos desmesuradamente, porque le parecía ver poco, para contemplar estasiado las dos novias. —Me rindo, —dijo al fin á su compañero. —Esas dos sultanas poderosas han echado por tierra mis pequeñuelas sáfides.

¡Oh! ¡Qué lindas son, y qué ojos tan lánguidos y tan hermosos! En este momento daría por una mirada amorosa de una de esas dos mujeres, todos los juramentos y favores que me han concedido otras.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

HERMOSURA Y PUREZA.

(Traducción de Víctor Hugo.)

La gracia seductora

Llena tu juventud, niña hechicera;

Dicen tus ojos tímidos: ¡Aurora!

Tu frente pura dice: ¡Primavera!

Parece que tu mano

Lleva un lirio invisible:

Don Juan te vé pasar, te mira en vano,

Y murmura: « ¡Imposible! »

—
Niña feliz, sé bella;

Niña feliz, sé pura:

Al resplandor divino que destella

Tu espléndida hermosura,

El mundo se reviste de alegría,

Y de lóbrego bosque á la espesura

Llevas la luz del día.

—
Con sus alas de gasa

Roza la avispa que volando pasa,

Tu rosada mejilla;

Y cual vuela á la llama esplendorosa,

Vuela al fulgor que en tus pupilas brilla

Nocturna mariposa.

Es incienso aromático tu aliento,

Que sube al firmamento;

Si la Grecia te viera,

Roto el velo que oculta tus hechizos,
La Aurora te creyera,
Cuando de su flotante cabellera
Brillan los ástros en los sueltos rizos.

Los ángeles dichosos que del cielo
En el azul sereno se guarecen,
Miranse con recelo
Y con secreto espanto se estremecen,
Cuando el hombre, serpiente ponzoñosa
Hija del mal y las tinieblas, osa
Clavar una mirada
En tu alma pura, de la luz esposa.
Y en la sombra te sientes halagada
Por invisible mano;
Y al ver tu pié descalzo, imprime ufano
En él un ángel perfumado beso.
Tu sonrisa feliz tan inocente
Es por eso, y por eso
Brilla tan pura tu serena frente.

TEODORO LLORENTE.

BIBLIOGRAFIA.

AYER, HOY Y MAÑANA,

CUADROS SOCIALES

POR

D. ANTONIO FLORES.

Hemos leído con sumo placer un lindísimo libro que acaba de ver la luz pública en esta Corte, y del que vamos á ocuparnos brevemente. Titúlase este libro *Ayer, hoy y mañana*: su autor el Sr. D. Antonio Flores; su trabajo tipográfico ha sido desempeñado en el establecimiento del Sr. Mellado. Al presente solo se han publicado dos tomos.

El exámen de un libro impone tambien el deber de ocuparse algo del autor: las ideas del libro y las del autor coexisten: son padre é hijo; son sangre de sangre, espíritu de espíritu. Sin embargo, de un escritor tan conocido como el Sr. Flores, poco podemos decir; sus obras han circulado con soberana fortuna, y alguna de ellas, *Fé, esperanza y caridad*, ha merecido los honores de la reimpression, y *Hoy* mismo se busca con el mismo entusiasmo que *Ayer*, y con el mismo que se buscará *Mañana*, privi-

legios que alcanzan siempre las concepciones brillantes.

El Sr. Flores figura hoy en la lista de esos pocos escritores festivos que nos han quedado, á cuyo frente se levanta Breton, decano del género, que por desgracia no tiene ya fuerzas para tomar la pluma, y cuya gerarquía no puede heredar Villergas, porque nos ha abandonado, pidiendo carta de vecindad en el Nuevo Mundo.

En literatura, como en todo, es una verdad de orden superior aquel axioma de la Escritura: *Multi sunt vocati*; pero entre todos los géneros, ninguno tan difícil, en nuestra humildísima opinion, como el festivo: necesita propiamente cierto *quid divinum*, cuya gracia es más seductora cuanto mayor es su bondad y su sencillez: no llega á la augusta majestad de la sátira, ni degenera hasta el churriguerismo de brocha gorda; resplandece con su propia eufonía; está tan distante de Juvenal y Boileau, como de los exíguos caricaturistas modernos que se immortalizan en la gaceta; es un género de encantos inocentes.

El Sr. Flores le ha cultivado con notable acierto. Lafuente y Villergas asociaron su génio á la política: el Sr. Flores, con pretensiones más modestas, se ha concretado al estudio de las costumbres; y podemos asegurar que los bosquejos que han salido de su pluma hasta el presente, son de mano maestra, de admirable diseño y de brillante colorido. *Los Doce españoles de brocha gorda* y *La Historia del matrimonio* evidencian nuestro aserto. Son dos preciosos relieves, donde chispea la gracia, donde palpita la bondad y la belleza, donde sobrenada tal perfume de inocencia, que seduce y extasia.

La pluma es ligera, casi veloz: escribe el castellano con estraña pureza; y sin perder nunca su sal ática, derrama de tiempo en tiempo profundas verdades; verdades prácticas que se alejan de lo misterioso y de lo desconocido; verdades del dominio público, que se limita á recordar, pero que engastadas en el marco de sus cuadros, son como oleadas de luz, á cuyo resplandor tranquilo se destacan las figuras con su vistosa variedad de tintas.

En las obras del Sr. Flores hay tipos, contrastes, caracteres: consuelan y alegran; cauti-

van recreando; son diseños adorables de las costumbres, donde no se necesita remover el fango de la estigia social para deleitar al espíritu. Son honitas silvas contra las deformidades pueriles de la familia humana; son como un candido talisman para conjurar el mal humor, la pena, la congoja, las mil y mil opresiones que experimenta el corazón en la borrasca eterna de la vida.

La pluma del Sr. Flores no se empapa nunca en veneno; es indulgente para las grandes caídas del hombre; huye como se huye de un incendio, de las miserias que le depravan, de los vicios que le pervierten, de las aberraciones que le degradan, de la ignorancia que le esclaviza, de las pasiones que le relegan al fondo sombrío de la zapa social. Su misión es dibujar, copiar, fotografiar las faltas pequeñas ó los hábitos que no son faltas; pero cuya gracia principal consiste en su sencillo carácter.

Por eso se leen sus obras con avidez; por eso el lector pasa de un capítulo á otro, de un volumen á otro volumen con cierto pueril deseo, con cierta agradable curiosidad, que evidencia lo mucho que se ha identificado con el género, con el admirable sabor clásico de aquella literatura, con sus tipos y sus contrastes, siempre propios, por estar tomados de la naturaleza.

La gran filosofía de la literatura consiste en enseñar deleitando: este es el secreto, el resorte fecundo que ha de producir resultados positivos. Los corazones se asustan de esas enseñanzas horripilantes que se asocian al melodrama: sufren una sensación bárbara, no hallan placer, porque asisten á su propia tortura; se les estremece de terror, porque se les brinda una diversión salvaje.

Ha llegado el tiempo en que la sociedad busca en las obras del ingenio una tendencia más consoladora, en que, harta de asistir á los dramas de los patíbulos y de las cárceles, busca emociones más pacíficas; placeres más tranquilos que no vean correr sus lágrimas con una indiferencia despiadada; goces inefables que sirvan á su espíritu como de saludable refacción. El género que cultiva el Sr. Flores es el más oportuno. Nada más sencillo que esa risueña anatomía que nos hace del matrimonio en su historia de idem: allí no hay aspereza; todo es suavidad,

gracia, dulzura; el peso de la cruz no asusta; aquel festivo epitalamio se repasa con la sonrisa en los labios.

Ayer, hoy y mañana es un libro que reúne las condiciones literarias de las demás obras festivas de este autor. Parece dispuesto á abrazar un período de cien años, divididos en tres fases: lo pasado, lo presente y lo porvenir. Hasta ahora solo conocemos lo pasado.

Cuando anunció, no sabemos qué periódico, que este aventajado escritor, á vuelta de estar mudo bastante tiempo, volvía á reanudar su antigua conversacion con sus muchos admiradores, sentimos una viva alegría, porque abrigamos la noble esperanza de que su laboriosidad ha de ser provechosa.

Los dos tomos que hemos examinado de los cuadros de *Ayer* abrazan las costumbres de los primeros años de este siglo: en el bosquejo encantador que ha formado el Sr. Flores, aparecen de relieve nuestros abuelos, casi palpitando, casi respirando, viviendo aquella extraña vida de inocencia, de la que nos separa tan profundo abismo, conformándose con aquella infantil felicidad que nos ha abandonado por completo desde que nos hemos lanzado al torbellino de la civilización y á la borrasca del progreso: hasta recorrer los cuadros del Sr. Flores para descubrir cuánta gracia, cuánta pureza y cuánta bienandanza existe en aquella fantasmagoría que su pluma ha tenido el privilegio de convertir en realidad.

Esperamos con vivos deseos los demás tomos, y recomendamos á nuestros suscritores la adquisición de esta obra, que puede figurar en la biblioteca recreativa de todas las familias sin temor de que despierte el rubor en los corazones. Es un libro propio para las veladas del invierno; y abrigamos la convicción de que los desvelos del autor han de ser grandemente recompensados.

La edición elegante y esmerada, como todo lo que sale de las prensas del Sr. Mellado.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

EL PENSAMIENTO.

Gira inquieto y fugáz mi pensamiento,
como discurre el áura entre las flores;

ella liviana prodigando amores,
yo contando mis horas de tormento;
ella halagada por el blando acento
que exhalan los amantes ruseñores;
yo ocultando del alma los dolores
bajo el triste crespon del sufrimiento.

¡Ay! ¡Así miro resbalar mi vida
siempre viendo el placer en pecho ajeno!
La flor de la esperanza apetecida
yace agostada en mi agitado seno:
infausto porvenir mi frente inclina;
¡piedad, que el pensamiento me asesina!

ANA MARÍA FRANCO.

MODAS.

Correo de señóritas.

Nuestras elegantes se disponen á sus escur-
siones veraniegas. Los almacenes de *Madame*
Simon, Rue Saint Honoré, 183, quieren tentar
á las que van á partir para el campo, ofrecién-
doles infinitos medios para variar sus *toilettes*,
y casi siempre lo consiguen, sobre todo con las
enaguas de color, hoy día tan necesarias. Hé
aquí las nuevas enaguas que se pueden desig-
nar y aun aconsejar á las elegantes: Enaguas
en alpaca gris, ó maiz, con volantitos de fra-
nela de colores fuertes bordados de felpilla;
idem de *reps* inglés de todos colores, bordadas á
plumetis y punto de armas en cordoncillo negro
y blanco; en *Cachemirienne* violeta, grosella ó
punzó, á vayas negras y volante de tafetan en-
cañonado; y en popelina gris ó fieltro con
impresiones *Soutachés*. Estas últimas son muy
sólidas para el campo, no se les conoce el pol-
vo, y con un pase de cepillo se les devuelve
toda su frescura.

Los encajes figuran como adorno en la mayor
parte de trajes, pero parecen insuficientes
cuando se estudia con cuidado el efecto de estas
guarniciones. Se colocan formando grandes
arabescos ó enlazamientos bastante espaciosos,
á lazos ó á palmas desprendidas, sobre las
telas claras; pero un adorno así dispuesto, siem-
pre tiene algo de mezquino que no se explica á
primera vista. Sin embargo, *Mme. Blum* ha
hecho confecciones deliciosas. Las faldas eran

larguísimas y los camails guarnecidos de ancho
encaje.

Mme. Bouvy-Sainsaulleux, habia señalado
como modelos de buen gusto los sombreros con
el ala no enteramente levantada, cuya forma
han adoptado las elegantes del *faubourg Saint*
Germain, admitiendo todo cuanto puede admi-
tirse para presentarse vestidas con elegancia y
novedad.

Hemos visto sobre un sombrero de paja belga
un adorno sumamente sencillo compuesto de
rosas de Bengala. El bavolet era de tul de
ilusion superado de encaje negro; una cinta rosa
sobre bullonado blanco coronaba el bavolet y
bordeaba su contorno formando brida sobre el
ala del sombrero. El interior se hallaba en ar-
monía con el exterior, las bridas interiores eran
rosa. El ala, segun hemos indicado, conservaba
una forma razonable; encajonaba el rostro,
dejándole de cada lado algo que le adornaba.

Ya hemos dicho haber admirado varios som-
breros creados por *Mme. Bouvy Sainsaulleux*.
Dos hermanas llevaban sombreros enteramente
Marie Stuart, porque no hay inconveniente en
adoptar todo lo que sienta bien, siempre que se
sepa llevar con distincion. Otras dos, vestidas de
luto, los llevaban igualmente ensanchados, de
crespon negro, bordados de perlitas de azabache;
no tenian ningun adorno.

Los *toilettes* de Gagelin se muestran *au grand*
jour, como dicen en francés. Una de sus más
graciosas confecciones era de tafetan violeta,
acompañado de camail igual, guarnecido de dos
grandes volantes de guipure, superados de una
rica pasamanería y botones colgantes. La ele-
gante que llevaba este traje tenia un sombrero
de crespon blanco adornado de ramilletes de
plumas, armonizando con el color del vestido.

Otro traje de tafetan negro, forma princesa,
con mangas de codo abiertas, tenia en el bajo
de la falda un largo bordado mezclado de aza-
baches; este bordado remontaba por delante de
la falda, en medio de la cual habia una fila de
botones herretes. Con este traje era un sombre-
ro de paja belga, guarnecido de una mazorca,
de rosas de Bengala y de bullones de tul ilu-
sion velando cintas paja.

Citaremos tambien un traje de tafetan viole-
ta guarnecido de una cinta de terciopelo dis-

puesta en banda, á ocho centímetros de bajo, con otras muchas vueltas distanciadas, atravesadas de un terciopelo formando dientes terminados con una borla violeta y negra. El cuerpo tenía cintura larga con terciopelos sobre los bordes, correspondiendo á la guarnición del vestido.

Muchos bajos de falda se guarnecen de bandas de entredoses ó de pasamanerías; los más nuevos forman grecas contradecidas. Los cinturones largos que acompañan la mayor parte de los trajes de verano se guarnecen lo mismo. Madame de G... se ha mostrado con un traje de tafetan rayado de blanco y negro, con entredoses de encaje negro dispuestos en picas. El sombrero era de crespon azul.

Algunos *surtouts* Luis XV han llamado la atención. Están llenos de coquetería y son suficientemente grandes, aunque deteniéndose á la altura de un camail de mediano grandor; solo uno estaba adornado de *ruches* azules mezclados de *ruches* negros colocados alrededor del cuello, en la espalda y en los hombros.

El color *cabellos de la reina* es preferido por gran número de señoras á la moda. Señalaremos dos *toilettes* de este color: Una guarnecida de un fleco de quince centímetros con pasamanería por encima; cuerpo con puntas; mangas de codo, con *jockeys* y vuelta en el puño, pero pequeña.

La segunda del mismo color, adornada de un encaje guipure de quince centímetros, acompañado de un encañonado de encaje y de una puntilla de azabache. Este adorno remonta de cada lado sobre el delantero. El camail es guarnecido de encajes. La primera de estas dos composiciones tenía un sobretodo con mangas semi-anchas y adorno igual al del vestido.

La *maison* Lassalle ha espedido *trousseaux* elegantísimos para novias; había enaguas bordadas á medallones de notable trabajo, así como vestidos blancos de muselina bordada con transparentes de tafetan de color; entredoses de Valenciennes formando dibujos á bombos, entre los cuales venían á terminar palmas bordadas de diferentes disposiciones.

Algunos peinadores más sencillos, estaban guarnecidos de volantitos *ruches* realzados de encaje.

Voy á observar confecciones para otro número, queridas lectoras: y en él os daré la explicación del precioso pliego de dibujos que recibirán con este.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.^a figura.—Vestido de tafetan *gris plata* con la primera falda guarnecida de una banda de volantitos encañonados. Segunda falda, cortada en grandes dientes puntiagudos, bordados sobre el contorno de cada uno y con un volantito encañonado al borde. Cuerpo montado con punta delante y tres detrás, bordadas y guarnecidas de un rizado que sigue la vuelta del talle. Las mangas de codo son igualmente compuestas de volantitos, bordadas y adornadas como la falda, estas forradas de tafetan blanco con rizado de cinta sobre el borde. Cuello y mangas guarnecidas de encaje. Gorra de tul con caídas de encaje por detrás, grupo de violetas y hojas verdes, puesto sobre la frente en forma de diadema.

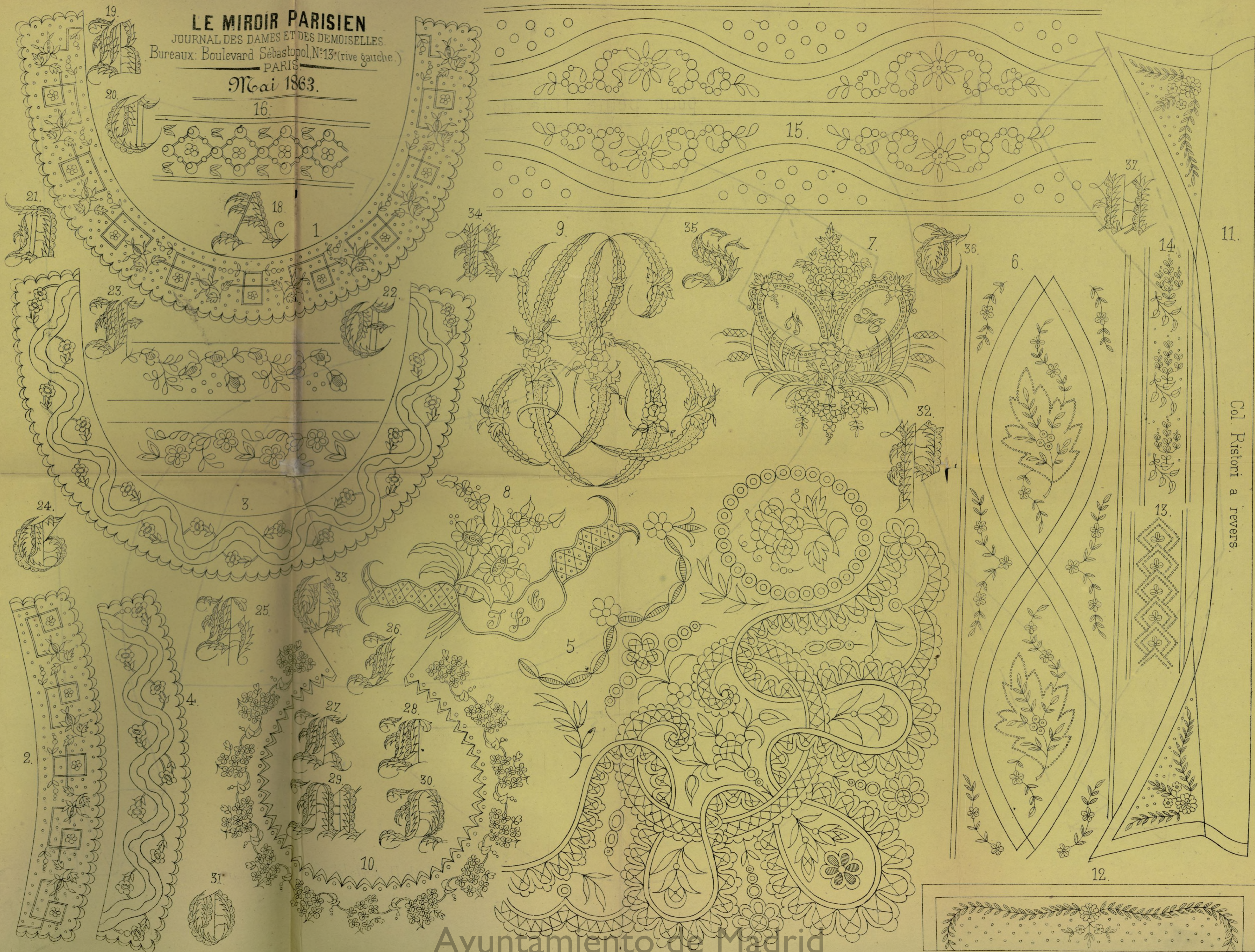
2.^a figura.—Vestido de tafetan color *Cypria*: el adorno de la falda se compone de cintas de terciopelo negro, rodeadas de una guipur estrechita, formando cuadros puntiagudos enlazados los unos con los otros. El bajo de la falda ornado de un volantito rizado, sujeto por dos filetes de terciopelo negro. Cuerpo montado con aldeta postillon por detrás bastante larga y rodeada de un rizado. Cinturon independiente guarnecido de una banda de terciopelo que sube en punta por delante hasta el tercer boton del cuerpo, volviendo por detrás y descendiendo en torno de la aldeta hasta el costado donde se ajusta con botones redondos. Mangas de codo guarnecidas como la falda. Cuello y mangas de encaje, gorra de tul y blondas. Entredós de blonda que forma nudo sobre un lado. Grupo de flores y cintas verdes en lo alto.

Por todo lo no firmado,

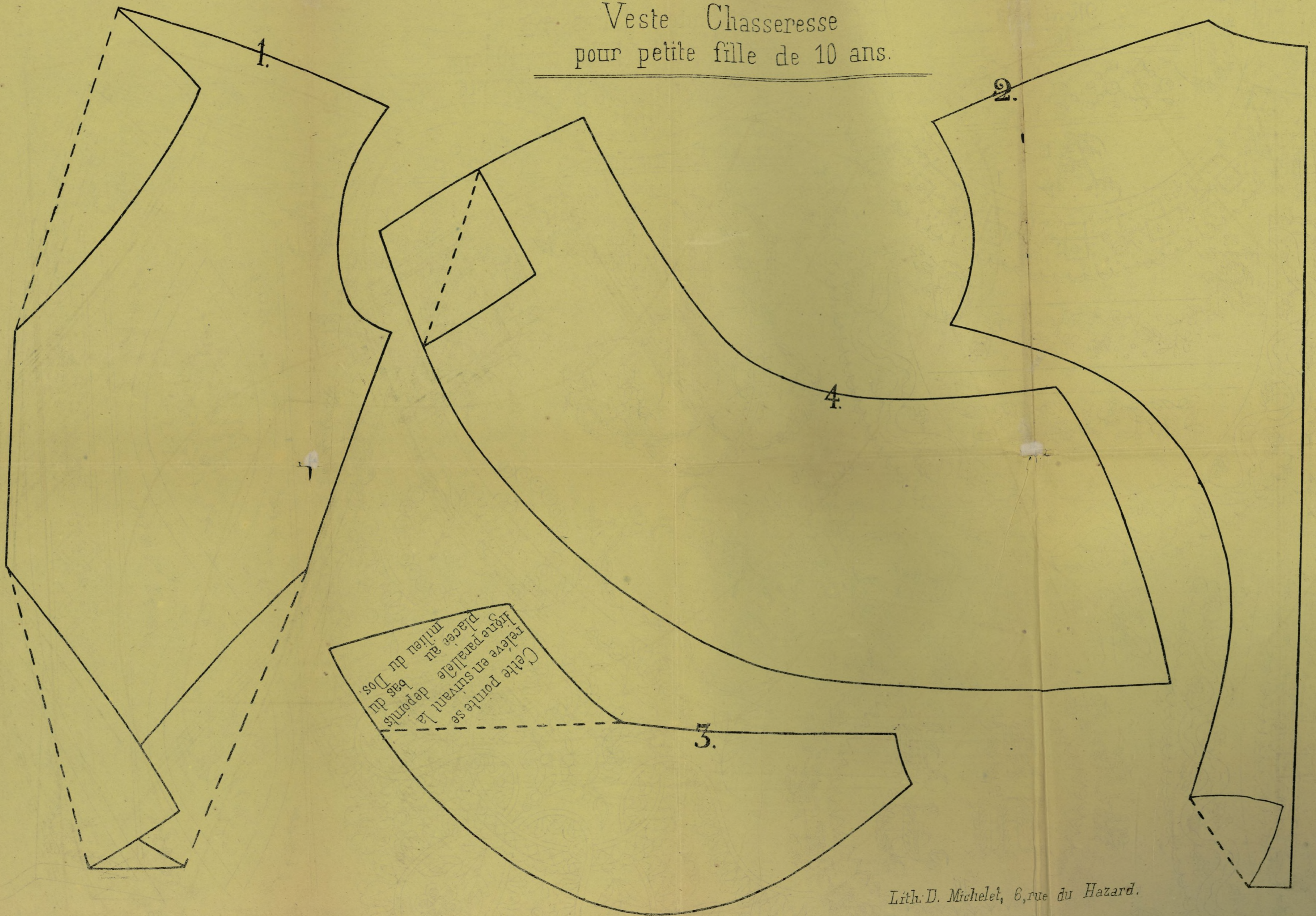
La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.



Veste Chasseresse
pour petite fille de 10 ans.



Cette poitrine se
relève en suivant la
ligne parallèle
placée au
milieu du dos.

Lith. D. Michelet, 6, rue du Hazard.